

ANDALUCÍA CULTURA CINE

La hija

Manuel Martín Cuenca. España. 2021. 122 min. Color. v.o.e.



FICHA TÉCNICA

Título original: *La hija*.

Nacionalidad: España. **Año de producción:** 2021.

Dirección: Manuel Martín Cuenca.

Guión: Manuel Martín Cuenca, Alejandro Hernández. Según una historia de Félix Vidal.

Producción: La Loma Blanca PC, Mod Producciones, Movistar Plus+, RTVE, ICAA, Canal Sur.

Productor: Fernando Bovaira, Simón de Santiago, Manuel Martín Cuenca.

Fotografía: Marc Gómez del Moral.

Montaje: Ángel Hernández Zoido.

Ayte. de dirección: Rafael Carmona.

Música: Vetusta Morla.

Director artístico: Montse Sanz.

Vestuario: Ester Lucas Jaqueti, Pedro Moreno.

Maquillaje: Yolanda Piña, Félix Terrero.

Decorados: Vicent Díaz.

Intérpretes: Javier Gutiérrez, Patricia López Arnaiz, Irene Virgüez, Juan Carlos Villanueva, María Morales, Sofian El Benaissati, Arturo de la Torre del Pino, Atenea Torres Herrera.

Duración: 122 min. **Versión:** v.o.e. Color.

SINOPSIS

Irene tiene quince años y vive en un centro para menores infractores. Se acaba de quedar embarazada y está decidida a cambiar de vida gracias a Javier, uno de los educadores del centro. Javier le ofrece vivir con él y su mujer Adela en la casa que tienen en un paraje aislado y agreste de la sierra para que pueda llevar a buen término su embarazo. La única condición a cambio es que acepte entregarles al bebé que lleva en sus entrañas. Este débil pacto puede verse comprometido cuando Irene empiece a sentir como suya esa vida que lleva en su interior.

COMENTARIO

“Las buenas familias se construyen, se cuidan, se unen”. Como nos enseñó Vito Corleone (*El padrino*, Francis Ford Coppola, 1972) no se trata tan solo de un tema de consanguinidad sino más bien de afinidad y particularmente en el caso que nos ocupa, de necesidad. Manuel Martín Cuenca (Almería, 1964) dirige esta oda y como en su película *El Autor* (2017) nos ofrece un trabajo intimista y personal.

Los roles de cada personaje, inicialmente bien delimitados, se desdibujan y adaptan a las circunstancias, dejándonos por momentos el corazón helado (Almudena Grandes, 2007).

Un triángulo equilátero delimita esta película. Sus tres vértices son: Patricia López Arnaiz (Vitoria, 1981), Javier Gutiérrez (Asturias, 1971) e Irene Virgüez (Madrid, 2006).

La participación de Patricia en esta historia es de una sobriedad y rotundidad que sorprende a cada escena. Los planteamientos morales de su personaje en la mecedora o en cualquier conversación con su marido son prueba de ello. La poca empatía que profesa con la niña es fruto de un trabajo anterior en el que el director impidió que las actrices coincidieran. Ni en sus escenas, ni tan solo en los momentos del rodaje, tuvieron conexión alguna y solo cuando fue estrictamente necesario, empezaron a relacionarse. Todo ello se traduce en pantalla, transmitiendo al espectador una sensación de distanciamiento e inseguridad entre ambas. Papeles y roles cuidadosamente preparados crean ese frío y tenso ambiente que se respira en todas las escenas conjuntas.

Irene no puede tener mejor estreno para una carrera que despunta. Sus expresiones faciales en todo momento transmiten fuerza y emoción. Esos ojos reflejan unas dudas que, cual pájaros ensombrecidos, planean sobre su cabeza en todo momento. Una timidez inicial contrasta con la fuerza y valentía que va adquiriendo el personaje moldeado por la compleja situación que le toca vivir. Luces y sombras en una

Esta programación está sujeta a posibles cambios de horarios



escenificación muy cuidada, historia de miedo envuelta en papel de seda. Ese papel, que no tardará en rasgarse, esconde anhelos, preguntas y decisiones propias de cualquier adolescente. El enfrentarse a ellos irremediamente como en **Quién lo impide** (Jonás Trueba, 2021) es difícilmente postergable. El paso del tiempo tensa una situación que ya es difícil de por sí.

El contrapunto lo marca Javier, cercano y familiar cuida de Irene de tal forma que bien pudiera parecer que deja de lado los sentimientos de Adela, su enigmática esposa. Nada que ver. Su única intención es cuidar del tesoro más preciado que crece en su interior.

El score, a cargo de Vetusta Morla nos acompaña, como la tortuga anciana de **La historia interminable** (Wolfgang Petersen, 1984), hilvanando la trama. Un ejercicio complejo e interesante desemboca en una nana que nos arrulla.

Su Reina de las trincheras invita a la reflexión. Un canto a la vida y la esperanza que va cambiando de tono, sonido y melodía a medida que se resuelven los acontecimientos. Multitud de giros argumentales son los que componen esta

pieza que, cargada de simbolismos, va calando hondo entroncándose con nuestros sentimientos más profundos.

Pasamos de la tristeza a la empatía o de la ternura a la estupefacción en breves instantes. Un torbellino de emociones se desata llevándose a su paso todo lo que encuentra a su alcance.

Planos panorámicos enmarcan el entorno y nos describen la soledad en la sierra de Cazorla. El paisaje jienense escondido entre el Cerezuelo y el Guadalquivir la mezcla perfecta de magia y misterio. Una casa en este parque natural es el recóndito escondite elegido para unos personajes que velan durante meses un secreto a voces que no puede esconderse por más tiempo.

La magnitud de esta historia supone un lento y paulatino *in crescendo* que culmina en un sorprendente e inesperado desenlace. Todas las incógnitas a la que es sometido moralmente el espectador van despejándose paulatinamente y, saliendo a la luz, forman un caleidoscopio multicolor que impacta directamente a la moral y la conciencia de unos personajes perdidos antes de empezar la aventura.

Cual lobo con piel de cordero, la supervivencia impera por encima de todas las cosas. El cuento de hadas, la fábula en la que todos ganan, se torna pesadilla. Un entorno sofocante contrasta con el gélido ambiente que se respira. Perdidas las formas, solo resta subsistir en un ambiente ajeno y hostil.

Destacar la labor artística del trabajo de los artistas de foley Miguel Barbosa y Diego Suárez Staub. Montaje de sonido y mezcla, acústicamente preparado, para acercar la cotidianidad a la gran pantalla. No siempre puesto en valor, es el que realmente da sentido y profundidad a todo este trabajo. Su pulcritud y sutileza logra que la vinculación con estos personajes y su entorno sea lo más fehaciente posible.

En esta película importan y mucho los detalles; estos desvelan la trama, más allá de los diálogos. Los personajes son muchas veces instrumentos a través de los cuales fluye la historia.

Cuando el ser humano se siente acorralado reacciona de formas insospechadas, llevando su cometido hasta las últimas consecuencias. Este es un claro ejemplo de ello.

Y recordando a **La última noche en el Soho** (Edgard Wright, 2021) nos embarcamos en una historia inesperada que invita a la reflexión mucho más allá de los títulos de crédito.

Ana Ferrá Hernández para <https://www.elespectadorimaginario.com/la-hija/>

Esta programación está sujeta a posibles cambios de horarios